



Psicogente

ISSN: 0124-0137

revpsicogente@unisimonbolivar.edu.co

Universidad Simón Bolívar

Colombia

CANTERO GARCÍA, MARÍA F.
LA EDUCACIÓN PARA LA MUERTE. UN RETO FORMATIVO PARA LA SOCIEDAD
ACTUAL

Psicogente, vol. 16, núm. 30, julio-diciembre, 2013, pp. 424-438

Universidad Simón Bolívar
Barranquilla, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=497552364014>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

LA EDUCACIÓN PARA LA MUERTE. UN RETO FORMATIVO PARA LA SOCIEDAD ACTUAL

DEATH EDUCATION. A FORMATIVE CHALLENGE FOR THE CURRENT SOCIETY

Recibido: 12 de junio de 2013/Aceptado: 24 de septiembre de 2013

MARÍA F. CANTERO GARCÍA*

Universidad de Granada - España

Key words:

Education, Death education,
Transversally, Fear, Didactic.

Palabras clave:

Educación, Educación para la muerte,
Transversalidad, Miedo, Didáctica.

Abstract

The target of this reflection paper is to create a basis which allows us to confront death as a right and not as a judgment for the students. It is important to include the death education in the educational current system as transverse topic, in order to offer a response to the current speech of the basic competencies. From this, we are invited to prepare our pupils to solve their own problems in relation to different situations, such as how to be able to live and how to be able to adapt to the needs that the society suggests to us. In order to form, to prepare, to face, to investigate, to advise and to demythologize the fear of the death, for this and future generations, we tackle this taboo topic which today is the death education.

Resumen

El objetivo de este artículo de reflexión es crear bases que nos permitan afrontar la muerte como un derecho para el alumnado y no como una sentencia. Es importante incluir la educación para la muerte en el sistema educativo actual como tema transversal, para ofrecer una respuesta al actual discurso de las competencias básicas, desde el cual se nos invita a preparar a nuestro alumnado para resolver sus propios problemas ante distintas situaciones, lo que, en definitiva, significa saber vivir y adaptarse a las necesidades que la sociedad nos plantea. Con objeto de formar, preparar, orientar, investigar, asesorar y desmitificar el miedo a la muerte, a esta y a futuras generaciones, abordamos este tema tabú que hoy es la educación para la muerte.

Referencia de este artículo (APA):

Cantero, M. (2013). La educación para la muerte. Un reto formativo para la sociedad actual. En *Psicogente*, 16(30), 424-438.

* Becaria Universidad de Granada (Beca de iniciación a la investigación). Investigación, dirigida por el doctor Matias Bedmar Moreno.
Email: piky_gr_89@hotmail.com, mpaquic@correo.ugr.es

INTRODUCCIÓN

Como reconocen Herrán, González, Navarro, *et al.* (2001), la educación para la muerte se ha considerado el tema tabú de los últimos tiempos. Es el reto que nos plantea a las personas conocer y reconocer la mortalidad, y hacerlo es esencial para tener una vida significativa. Pero la sociedad actual presenta amplias e importantes carencias en lo que a este tema se refiere.

Vivimos en una sociedad que niega a la muerte. En este sentido, Morin (1974) califica la idea de la muerte como la idea traumática por excelencia. ¿Por qué? Porque la muerte es la negación de toda posibilidad a cualquier sujeto vivo concreto: la muerte trunca todo. En este marco, Simón y Barrio (2006) plantean que la sociedad española debe romper el tabú de la muerte, pues, si la muerte forma parte de la vida, tenemos que aprender a hablar de ella con libertad.

No es una novedad que la educación para la muerte posea especial importancia y conlleve consecuencias a nivel educativo, psicológico y social. Todos somos víctimas de eso, pues, ¿Realmente estamos preparados para afrontar la pérdida de un ser querido? ¿Cómo explica un maestro a sus pequeños alumnos, a esos seres con dulces sonrisas que nunca más volverán a ver a sus padres o abuelos? ¿Cómo asume el Departamento de Orientación esta necesidad con el alumnado de secundaria? Estos y otros interrogantes son los que nos llevan a profundizar e indagar sobre nuestro sistema educativo y sus grandes carencias.

Hace algunos cientos de años, Confucio ya se pre-

guntaba qué era la muerte; y él mismo razonaba y argumentaba que si todavía no conocíamos el significado de la vida cómo podía inquietarnos la esencia de la muerte. En realidad, esta respuesta refleja el miedo que la muerte siempre nos ha causado, y esto es algo que siempre ha existido, es miedo a lo desconocido, un miedo que no podemos evitar. Bauman (2007) se atrevía a definir la muerte como “La encarnación de <<lo desconocido>>, y entre todos los demás <<desconocidos>> es el único que es plena y realmente incognoscible” (p. 46).

La muerte constituye ese algo a lo que la medicina no es capaz de dar una respuesta exacta, implica momentos dramáticos que rompen los cimientos de la frágil estructura que es la vida. Si bien este miedo no es igual que el de hace unos años, con el paso del tiempo ha ido evolucionando y haciéndose más intenso debido al cambio de costumbres y ritos que han influido al respecto en gran medida. En definitiva, el verdadero problema de la muerte no está aún resuelto; las palabras de Freud (1993) cuando dijo que “no podemos conservar por más tiempo nuestra antigua actitud ante la muerte, aún no hemos encontrado una nueva” tienen pleno valor todavía.

Todos somos conscientes de esos pequeños o grandes traumatismos que la muerte nos produce a nivel emocional, todos presentamos y mostramos unos sentimientos ante dicho tema, y muchos ni quisiéramos oírlos. Afirma, sin embargo, Santos (2004): “Sin fracaso, sin dolor, el ser humano no llegaría a tener conciencia de sí mismo” (p. 62). Por eso, desde este trabajo, reivindicamos e insistimos en la necesidad de concienciar a padres, profesores, asociaciones y otras instituciones

educativas sobre la importancia de la educación para la muerte, tanto en el aspecto preventivo como en el paliativo.

Consideramos que esta formación es necesaria para los ciudadanos críticos y preparados que exige nuestra sociedad. Ya es hora de encarar este tema tabú y de dejar a un lado ese lenguaje eufemístico, que nos ha llevado a concebir expresiones como “volar al cielo, dormir como la princesa del cuento...”, las cuales nos complican aún más la comprensión de lo que significa el hecho de morir, la perspectiva final de la vida o el qué hacer ante un diagnóstico terminal.

Los esfuerzos de este trabajo se centran en el punto de vista conceptual, y buscan ofrecer una perspectiva amplia sobre el tema en nuestro sistema educativo, de modo que seamos capaces de afrontar la muerte como un derecho. Para ello, es necesario comprender la educación para la muerte como ámbito didáctico en las etapas de preescolar, primaria y secundaria, así como vencer los miedos que aparecen en las diversas generaciones, ya que la muerte no es ajena a nadie ni entiende de edades. Proponemos, entonces, obtener un conocimiento holístico acerca de la muerte, así como la necesidad de construir un proyecto coherente que desmitifique el miedo. ¿Desde dónde? En palabras de Onira (2003), “Desde un equipo interdisciplinar, no en compartimentos o estancos, todo el equipo educativo debe estar formado para poder reforzar y acompañar” (p. 54).

Como plantean Alfonso García y María Carmen Aura (2010), en su libro, *La gran carencia. Muerte, eutanasia, y educación*, la expresión Educación para la Muerte

se refiere a una variedad de actividades educativas y experiencias, y abarca temas básicos como los significados y las actitudes hacia la muerte, los procesos de la muerte y el duelo, y la atención a personas afectadas por la muerte. La educación para la muerte, también conocida como educación sobre la muerte, el morir y el duelo, se basa en la idea de que, evitando la negación de la muerte, las actitudes y las prácticas relacionadas con ella en la cultura occidental, todas estas situaciones pueden ser transformadas, permitiendo que los individuos y las instituciones estén en mejores condiciones para enfrentarlas.

Ahora bien, dos enfoques metodológicos útiles para la enseñanza estructurada de los temas relacionados con la muerte son la didáctica y la experiencia (García & Aura, 2010). El enfoque didáctico (incluyendo, por ejemplo, conferencias y presentaciones audiovisuales) tiene por objeto mejorar el conocimiento. El enfoque de la experiencia fomenta la participación activa de los interesados, que evoca sentimientos y hace aflorar actitudes relacionadas con la muerte que deben modificarse. Este enfoque incluye el intercambio de experiencias personales en el grupo de discusión, sociogramas y otra variedad de ejercicios de simulación, que requieren el establecimiento de una atmósfera de confianza mutua. En la práctica, la mayoría de los educadores utiliza una combinación de ambos enfoques (García & Aura, 2010, pp. 95-97).

Trabajar este tema requiere un aprendizaje, que se debe producir a lo largo de toda la vida, pues, la muerte es un hecho inevitable (estemos o no preparados para asumirlo) y repercute en cada uno de manera singular

y única. No existen dos muertes iguales, lo mismo que no hay dos vidas idénticas. Y aquí resulta pertinente la expresión de Zambrano (2007): “Allí donde comienza la conciencia, comienza también la claridad” (p. 117).

EL CONCEPTO DE EDUCACIÓN PARA LA MUERTE

Antes de reflexionar sobre el concepto de educación para la muerte, consideramos necesario ofrecer unas breves pinceladas sobre ese amplio término que es la educación, respecto al cual todo el mundo pareciera estar preparado para hablar. En efecto, todos opinamos sobre quién o quiénes educan: los padres, los maestros, los medios de comunicación, el grupo de iguales, todos estos agentes forman parte del proceso educativo. Pero actualmente muy pocos se paran a pensar y analizar sobre cómo educar, sobre qué hacerlo, dónde sentar las bases de la educación que queremos para nuestros hijos, hermanos, amigos o sobrinos. Arnaiz (2003a; 2003b) reflexiona sobre la importancia de que en la escuela se deje de educar como si fuéramos inmortales y, más bien, se conciba una educación que tenga en cuenta la muerte, de manera que esta oriente los valores en la vida.

Día a día, escuchamos a ministros, profesionales de la educación, psicólogos, pedagogos, sociólogos y otros hablar sobre las carencias que tienen los jóvenes e infantes en estos momentos. Estas apreciaciones nos mentalizan y nos informan sobre la inmadurez que estos presentan, nos ofrecen miles y miles de recursos y apoyos para dar una respuesta a dichas necesidades, y si no funcionan, cambiamos las leyes de educación.

Si pensáramos fríamente sobre este tema y el significado que esconde en sí la educación, quizás no ofertaríamos una gama tan amplia de recursos para dar respuesta a esos alumnos a los que encasillamos, etiquetamos o pensamos que son víctimas del fracaso escolar, pero sí podríamos cubrir otras carencias que nos plantea el sistema educativo actual, planteando una respuesta sobre lo que significa educar para la vida.

A tono con lo anterior, en este trabajo, pretendemos dar una visión más amplia de lo que significa la educación. Creemos que educar es enseñar a vivir: estar preparados, ser conscientes y responsables de la realidad que vivimos. Y con base en esto, es que entendemos la educación para la muerte, ya que quien aprende a morir es aquel que está vivo y al hacerlo obtiene un beneficio.

En tal sentido, Verdú (2002) afirma que “una enseñanza sin muerte es la muerte absoluta de la enseñanza, porque no tratar de lo que más importa descalifica a cualquier institución sobre el saber” y, por eso, consideramos que abordar la muerte como tema educativo en todos los niveles de formación nos ayudará a entender y comprender que debemos aceptar la muerte para disfrutar verdaderamente de la vida.

Nuestros adultos han sido educados en la cultura de esfuerzo, han sido educados para vivir y conseguir los medios necesarios para ello. Pero nadie les enseñó o los preparó para morir, a pesar de que, como reconoce Osho (2004), nuestra cultura necesita tanto de una educación para la muerte como para la vida.

En la actualidad, ningún currículo oficial incluye

la muerte como tema formativo. Esta situación hace de la muerte un tema invisible, el cual es mejor no tocar. Pero en la actual Ley de Educación española sí que se hace referencia a la transversalidad y, con ello, a temas como la educación para la paz, la educación sexual, la educación medioambiental o la educación en valores, entre otros; sin embargo, una vez más, volvemos a olvidarnos de ese lema de “Aprender a vivir”, y ¿cómo aprender a vivir si no sabemos que podemos morir?

Hasta ahora, la Didáctica se ha centrado en etapas educativas, en áreas de conocimiento y materias de enseñanza consensuadas, pero no en realidades definitivas y concretas como esta. En este orden de ideas, nos preguntamos ¿qué es la educación para la muerte? La respuesta a este interrogante implica muchas cuestiones, pero, como propone Ramos (2006), la educación para la muerte “no es una intervención psicológica en desastres y catástrofes, no es atención en cuadros de estrés postraumático, ni se ocupa de lo que corresponde a una psicoterapia en casos de duelo superado” (p. 21).

Nosotros, en particular, nos quedamos con la definición que nos ofrecen Herrán y Cortina (2008a) en su artículo, “La educación para la muerte como ámbito formativo: más allá del duelo”.

Esto es una apertura para la formación que se apoya y construye desde la muerte como un ámbito de extraordinario potencial formativo. Es un camino para conectar la educación ordinaria con educación para la conciencia, una rama de este árbol mayor. Desde ella se intentan dar pistas para replantear el sentido de lo que hacemos, tanto en

la comunicación didáctica cotidiana como en los momentos que debemos asumir una muerte cercana (p. 411).

Por lo tanto, y siguiendo a Herrán (2011), hemos de entender la educación para la muerte como un conjunto de acciones formativas adecuadas, encaminadas a favorecer en los profesores un mayor conocimiento, de manera que repercuta en un cambio conceptual o en una modificación importante de los esquemas afectivos y cognoscitivos asociados a la educatividad sobre la muerte (p. 52).

Es necesario educar para la muerte y esta idea debe reflejarse en todos los proyectos curriculares, adaptaciones, unidades didácticas, proyectos de centro y en las programaciones de nuestro currículo oficial, en los cuales destacamos que se han de ofrecer conocimientos que ayuden a definir una propuesta educativa que atienda a la formación humana. Como explican Cruz y García, en su libro, *SOS... Dejádme morir*:

Es necesario poder hablar con normalidad de la muerte. Tabú es aquello que no se puede mirar de frente, algo de lo que no se puede hablar. Es importante reflexionar sobre la muerte, ya que nos hace ver lo relativo de las cosas, incluso de las que más nos interesan, influyendo de forma activa en nuestro comportamiento y en nuestros esquemas de valores, y al mismo tiempo nos prepara para una serena aceptación del momento en que, de forma irremediable nos deja la vida, es decir, del momento en que seamos cada uno el otro que muere (Cruz & García, 2007, pp. 31-32).

LA MUERTE EN LAS DISTINTAS ETAPAS DEL CICLO VITAL

Todos los que hemos tenido la oportunidad de dedicarnos a la educación en alguna etapa de la vida, entendemos que no es lo mismo dirigirse a un colectivo de tres años que a una población de 50. Los modelos educativos presentan diferentes directrices en función del colectivo al que van dirigidos, las diferencias evolutivas nos obligan a adaptar dichos criterios pedagógicos a nuestro alumnado. Lo mismo ocurre con la muerte. A pesar de tener emociones en común durante todas las etapas del ciclo vital, un niño de tres años no entiende la muerte como uno de ocho, ni un adolescente como un adulto, o un adulto como una persona mayor.

La experiencia, la creatividad, las actitudes y la sabiduría hacen que la posición ante la muerte difiera. En lo que corresponde a la infancia, un gran número de investigadores ha destacado que los bebés ni siquiera disponen de una primera idea sobre la muerte, algo que nosotros cuestionamos ya que interpretamos la muerte en un sentido más amplio, considerando que el bebé desde su nacimiento experimenta pequeñas sensaciones y emociones que son pequeñas muertes, tales como la ansiedad que muestra cuando se separa de la madre o el temor a quedarse solo. El término 'muerte' en sí no le dice nada a los bebés, ya que aún no son conscientes de la evolución humana, no obstante, para ellos, la muerte se traduce en pequeñas negaciones o castigos.

Por su parte, los niños con edades comprendidas entre los tres y los cinco años tienen un concepto borroso sobre el significado de la muerte. En algunos casos,

la siguen asociando al abandono o al temor, al distanciamiento de las personas queridas, y también la suelen identificar con el sueño. A partir de los cuatro años, se empieza a notar una cierta evolución en ellos, aunque todavía identifican la muerte como algo temporal. La suelen relacionar con la vejez, debido a que en la sociedad actual se valora en extremo la juventud, y puede ser fuente de grandes miedos. Por esta razón, hacia esta edad, los niños aún no son capaces de asimilar que la muerte afecta a todos los seres vivos y más concretamente a todos los humanos, los cuales son para ellos grandes superhéroes, que siempre dan una respuesta a todo lo que se les plantea. Tampoco la ven como algo definitivo ni inevitable, pues creen en la magia.

A medida que crecen, ellos van descubriendo pequeñas pinceladas de este tabú que la vida nos presenta. A los seis años, experimentan un sentimiento de culpabilidad, se sienten responsables de la muerte de quienes los rodean, y empiezan a entender que es algo definitivo, que no tiene marcha atrás. Entonces, tanto padres como profesores y demás agentes educativos, hemos de estar alerta y de tratar con mayor rigor este tema, mostrándonos sensibles y tratando de comprender a los más pequeños.

Durante la adolescencia, la muerte y el envejecimiento son consideradas posibilidades tan lejanas que los jóvenes apenas les prestan atención. En las primeras edades de esta etapa, ellos evitan hablar sobre el tema y ni siquiera desean escucharlo. Piensan que nunca les va a tocar, que esto forma parte de algo muy lejano y que le puede pasar a los demás, pero no a ellos. Como

expresan algunos psicólogos, esta visión forma parte del pensamiento egocéntrico del adolescente.

Sin embargo, sobre todo a edades más avanzadas, algunos adolescentes comienzan a plantearse el significado de la muerte. Se cuestionan sobre su propio fallecimiento y muestran cierta preocupación respecto al tema. Aquí ya somos partícipes de ese pensamiento más abstracto que desarrollan los adolescentes. Como recogen algunos estudios, estos suelen relacionar muerte con oscuridad y vacío, entre otros términos. Y en estas edades resulta difícil de aceptar, percibiéndose como un acontecimiento no previsible y que se identifica con la vejez.

En la sociedad actual, las personas en la edad de la adultez son las que mejor asumen el tema de la muerte, mas no porque hayan recibido una formación adecuada, sino porque empiezan a reflexionar acerca de su propio envejecimiento, y experimentan con mayor frecuencia la pérdida de algunos de sus seres queridos, cosa que comienza a intensificarse en la madurez. Justamente, la madurez constituye el momento en el que somos conscientes del tiempo vivido, empezamos a pensar que el tiempo resta e intentamos vivir más intensamente. A lo largo de su artículo, "Concepciones, sentimientos y creencias acerca de la muerte en adultos mayores de nivel de educación superior", Vilches (2002) señala que, en los sujetos física y psicológicamente afectados, existe una mayor aceptación de la muerte, pues, debido a su situación, la enfrentan como una opción válida, cercana y propia.

Por último, los ancianos son quienes más hablan

acerca de la muerte. Estos se ven obligados a analizar el trayecto de la vida, y esto es una ayuda para entender su propia muerte. La frecuencia del pensamiento y de las conversaciones al respecto los hace más conscientes sobre el significado de la vida y de su término.

Como hemos tratado de expresar en este recorrido por el ciclo vital, todos necesitamos de una formación para comprender el tabú de la muerte, no normalizado en la sociedad actual. Nosotros, los educadores, tenemos además la difícil tarea de reflexionar, transmitir y profundizar sobre las distintas y variadas actitudes que la muerte nos plantea y por ello reflexionaremos sobre ellas.

ACTITUDES HACIA LA MUERTE

Como venimos planteando a lo largo de esta reflexión, no hay dos muertes iguales ni dos vidas que se asemejen. Por eso, es adecuado prestar atención a la diversidad de emociones, sentimientos y actitudes que cada individuo, indistintamente de su lugar de procedencia, edad, sexo o creencias, presenta ante este tema.

Las actitudes hacia o ante la muerte pueden incluir el aturdimiento emocional, la incredulidad, la ansiedad o la desesperanza, la tristeza, el miedo y la soledad. González y Herrán (2010) afirman que el concepto de muerte varía con el nivel de conciencia y con la madurez de cada persona, por lo cual la comprensión de la muerte puede seguir creciendo a lo largo de la vida (p. 135).

Como han señalado distintos investigadores, en

todo proceso de muerte, el duelo se parece más a una montaña rusa que a una etapa ordenada de sucesos bien diferenciados, y que incluso carecen de un principio y un final claramente establecidos. Los sentimientos o emociones sobre la muerte no se presentan en etapas diferenciadas, y más bien surgen de forma inesperada y repentina tras sufrir una pérdida.

En *La muerte y su didáctica. Manual para educación infantil, primaria y secundaria*, Herrán y Cortina (2006) destacan la importancia del acompañamiento educativo en el duelo. De forma que “el trabajo educativo desde una vivencia de muerte, además de ayudar a disolver el sufrimiento y a elaborar el duelo, puede incrementar la complejidad y evolución de la conciencia” (p. 174). Estos mismos autores señalan que los tutores preparados deben ser los profesionales preferentes del “acompañamiento educativo” desde la tutoría en situaciones de duelo (Herrán & Cortina, 2008b).

El duelo no forma únicamente un estado emocional. Este se representa en un complejo y cambiante proceso con múltiples dimensiones, entre las que se encuentran la añoranza o el anhelo, el deseo y la necesidad intermitente de recuperar a esa persona. Esto desemboca en otra importante dimensión: la ansiedad, que no solo comprende la añoranza y la preocupación sino también los recuerdos de los objetos del individuo y los lugares donde se compartió con él. En algunos casos, todo ello da lugar al llanto desconsolado, la apatía, la desesperanza y la tristeza.

Por otra parte, la persona moribunda, la persona que se encuentra en fase terminal, también presenta

unas emociones afectivas y sociales, que suelen repercutir en todos los que le rodean: familiares, compañeros allegados y profesionales. Y así comprendemos que el proceso de morir es bidireccional, afecta tanto a la persona que muere como al círculo que le rodea.

Ahora bien, como expresa la Psicología, las emociones dan color y calidad a nuestra vida, pues, tienen la función de protegernos frente a determinados peligros, tanto internos como externos, y resultan beneficiosas cuando se producen de manera adecuada.

En este sentido, el miedo, la ira y la tristeza son algunas de las emociones más representativas. Osho (2010) observa que: El miedo es consecuencia de la inconsciencia, de modo que la única forma de deshacerse de él es conocer la inexistencia de su realidad, hacerse consciente. No se trata de vencerlo; el miedo no tiene nada que ver con eso. Cuando se descubre qué es la muerte, el miedo desaparece (p. 58).

Y, de manera particular, en el miedo a la muerte hay algo de terror a la soledad. Como ya hemos dicho, el hecho de morir es individual: no es posible ponerse en el lugar de alguien que está muriendo, no es posible que otro muera por uno. Y, como plantean algunos autores, el miedo se vive, se experimenta pero no se puede comunicar.

Rojas y Lázaro (2008) afirman que: “El miedo a la muerte es tan normal como universal, aunque no suela notarse, el terror a desaparecer para siempre nutre nuestro instinto de conservación. Sin embargo, excepto personas que se enfrentan realmente a su propio final o al

de algún ser querido, en la mayoría de los casos, el temor obsesivo a la idea de la muerte significa verdaderamente miedo a la soledad, al abandono, al aislamiento” (p. 43).

Arranz *et al.* (2003) presentan una categorización de los miedos que suelen afectar al enfermo al final de su vida. En dicha categorización, se identifican: el miedo al dolor físico, a la desfiguración, miedo a ser una carga, a la separación de los seres queridos, miedo a la soledad no deseada, miedo a dejar de ser.

Desde nuestro punto de vista no se trata tanto del miedo a la muerte como el de parecer débil ante ella y ante los demás. Así, ante la enfermedad, la debilidad, la dependencia que nos limita, siempre aparece un componente de agresividad, que nos muestra las ganas de seguir luchando y peleando contra ellas. Muchas veces, la ira que siente la persona moribunda se vuelca sobre las personas más cercanas, las que más quiere y a las que más necesita en ese preciso instante en el que se agarra a la nada, a la incertidumbre de no saber qué le espera.

Además, la tristeza forma junto al miedo un entramado de emociones tanto en las personas moribundas como en sus familiares y personas cercanas. Pena, decepción, desesperanza por lo que teníamos y se nos va, por lo que queremos y nos arrancan, por la diferencia del antes y el ahora.

La ira y la agresividad son emociones que se exteriorizan, pero la tristeza y la pena son más íntimas, transcurren en un espacio más personal. Y como, en el proceso de la muerte, expresar las emociones resulta positivo, también es necesario preparar a nuestros profesionales

para que sean capaces de trabajar la inteligencia emocional, en relación a la educación por y para la muerte.

Citamos a continuación la reflexión de González y Herrán (2010): “Si la vida es un desastre, ¿por qué tanto énfasis en esto? Habrá que educar para cambiarlo casi todo, y hacerlo para mejorar la vida incluyendo la muerte. A los adultos nunca les han dado un método para enfrentarse a la muerte. La sociedad les ha preparado para la vida, pero nadie les ha enseñado a estar preparados para la muerte” (p. 139).

BENEFICIOS DE LA EDUCACIÓN PARA LA MUERTE

A estas alturas, no es una novedad que la educación para la muerte no está contemplada como área, pero sí consideramos la necesidad de incluirla como tema transversal. Sus objetivos y contenidos deben estar distribuidos entre las áreas en todo el currículo académico, y debe programarse con todos sus elementos para que no se convierta en algo ajeno al currículo general.

Al aprender contenidos relativos a la educación para la muerte se produce un complejo conjunto de aprendizajes, conscientes o inconscientes, de tipo intelectual o cognitivo y afectivo emocional que pueden contribuir a responder de una u otra forma ante las distintas situaciones que la muerte nos puede plantear. Así, educar para la muerte es educar para la paz, educar en valores, educar para vivir, aprender a ser y a convivir, y consideramos que estos aprendizajes son primordiales, porque la vida es algo único, básico y de máximo valor.

Cuando educamos para la muerte, educamos para una educación más abierta, orientada hacia el progreso y desarrollo humano. El desarrollo integral de nuestros alumnos y alumnas demanda cada vez más de una atención al desarrollo psico-evolutivo y moral. Pretendemos formar ciudadanos que sean capaces de desarrollar un sentido crítico para comprender y actuar ante los problemas que se plantean permanentemente en el mundo actual.

Además, la educación para la muerte nos ayuda a trabajar la independencia, la creatividad, el desarrollo de la inteligencia y, por supuesto, a profundizar en el ámbito de la inteligencia emocional.

Este tema se puede y debe trabajar en todas las áreas, desde la Música y la Educación Artística, hasta la Lengua y la Literatura, pasando por la Educación Medioambiental y la Educación Física. Y desde nuestro punto de vista, tal educación debe iniciarse desde la etapa de Educación Infantil, de forma lúdica y creativa, de manera que sea un aprendizaje significativo y cooperativo, un aprendizaje para la vida.

Siguiendo a González y Herrán (2010), en la estancia de la Educación Infantil, el niño no tiene más miedo a la muerte que el que se le inculca. Una Educación Infantil que mantuviera a la muerte más libre del miedo contribuiría a la formación de personas menos condicionadas, más libres, objetivas y críticas (p. 124).

Para esto necesitamos unos profesionales de la educación con ganas de seguir aprendiendo, con el deseo de participar de una formación continua que les

lleve a una mejora eficaz dentro de sus competencias y habilidades como docentes. Y, por supuesto, una implicación y formación complementaria con los padres y demás agentes educativos que influyen en los pensamientos y actitudes de nuestros pequeños. Necesitamos de un acompañamiento educativo en el duelo, que, como expresa Herrán y Cortina (2008c) podría constituir un ámbito de especial interés y relevancia dentro de la formación del profesor-tutor. No es fácil conseguirlo: se requiere una formación que incluya la transformación interior y la mejora personal. Como casi todo, esto se mejora con la práctica. La pauta a la vez más general y más concreta consiste en mirar, escuchar y seguir desde atrás a la persona (p. 172).

Consideramos que trabajar la educación para la muerte desde el aula supone un amplio abanico de beneficios que van a repercutir en las distintas actividades, áreas y ámbitos dentro del centro. Apostamos por un trabajo cooperativo, un aprendizaje basado en el diálogo intergeneracional, además de completar dicha formación desde la educación no formal. Nuestro sistema educativo necesita de proyectos que nos conduzcan a la mejora y a la innovación, proyectos que no se queden en papel y empapen a nuestro alumnado de su conocimiento. Estos proyectos deben dar respuesta a los quehaceres cotidianos y, ante todo, deben formar ciudadanos capaces de dar su propia respuesta a este gran interrogante que es la vida y a su terminación, la muerte.

En el entendimiento de que la finalidad siempre es la mejora, es necesario 'trabajar con' en lugar de 'intervenir en'. No podemos impartir un recetario ni un manual sobre consejos para tratar a un niño, un ado-

lescente, una madre o un padre después de la pérdida de un ser querido, pero sí podemos trabajar con ellos para prevenir, controlar y actuar de la forma más razonada cuando se presente esta situación. Sí, hemos de concienciar a nuestros ciudadanos sobre el significado de la muerte por lo menos hasta que este tema se normalice y deje de verse como un tabú del que nadie sabe ni quiere opinar.

Siguiendo con nuestra argumentación respecto a los beneficios que supone educar para la muerte, concluimos que son múltiples, y a distintos niveles y agentes, lo que supone una mayor implicación de los padres en las actividades a realizar, y una comunicación más explícita entre abuelos y nietos, padres y profesores y viceversa. Supone prepararnos para afrontar el duelo en forma menos traumática y patológica, así como la capacidad de superar miedos y ansiedades al saber de qué hablamos y a qué nos enfrentamos. Además de asentar las bases de una realidad cambiante, que constantemente nos invita a valorar en exceso la juventud, desvalorizando a nuestros mayores.

De acuerdo con la investigación realizada, algunos de los beneficios más destacados de la educación para la muerte son:

- Mejora de la comunicación.
- Respeto de los derechos.
- Educa en valores.
- Respeto a la diversidad.
- Trabaja la inclusión.
- Fomento de la participación y el diálogo.
- Solidifica el trabajo en equipo.
- Propicia la innovación y creatividad.

- Procura una intervención realista, interactiva y solidaria.
- Impulsa el desarrollo de valores y actitudes positivas.
- Desarrollo de la empatía.
- Favorece las habilidades sociales.
- Posibilita la toma de decisiones.
- Crea ciudadanos capaces de adaptarse.
- Promueve la formación continua de los profesionales.

Entre otros, estos son algunos de los beneficios que desde nuestro punto de vista nos puede acarrear el trabajo de la educación para la muerte, por lo que consideramos necesario que se implante ya en nuestros currículos oficiales.

CONCLUSIONES

No es una novedad que nuestro sistema educativo actual presenta algunos déficits, a los que ya es el momento de plantarles cara. Entre estos se hallan los temas tabú y la carencia específica por parte de los profesionales de la educación en cuanto a tales temas. En este sentido, Kübler-Ross (2005) expresa: "Sería muy útil que hubiese más gente que hablara de la muerte como de una parte intrínseca de la vida, de la misma manera que no vacilan en hablar de alguien que está esperando a otro niño" (p. 42).

Herrán y Cortina (2009) proponen que la escuela debiera educar para la evolución interior y exterior. Para ello, hay que incorporar a la enseñanza y a la formación del profesorado estos temas tan importantes. Si esto no se hace, puede que no podamos educar (p. 499).

Más en concreto, para muchos autores, la educación para la muerte es el gran tabú de estos tiempos, por lo que, sintiéndonos responsables de la carencia que presentan nuestros ciudadanos, el gran reto que se plantea la sociedad actual es el de conocer y reconocer la mortalidad como un derecho y como un aspecto normal de la vida. El lenguaje eufemístico que se utiliza muchas veces a la hora de explicar a los niños el significado de la muerte no ayuda mucho, y nos complica aún más la comprensión de dicho término. Siguiendo de nuevo a Herrán y Cortina (2009), con la educación para la muerte, “se pretende que los profesores reflexionen y fundamenten su enseñanza, el aprender, el desaprender y el reaprender en función de la (auto) formación en la que la muerte ocupe su lugar natural” (p. 500).

Rodríguez *et al.* (2012) también han analizado los sistemas educativos, y concluyen que estos han ampliado la concepción de la educación en las últimas décadas. Pero lo han hecho en su superficie, no en su profundidad. Por ello, todavía no incluyen en sus contenidos la muerte y la finitud como condiciones radicales del ser humano, lo que repercute mayormente en el proceso formativo, como elementos imprescindibles para la mejora personal y social (p. 178).

A lo largo de estas líneas se ha establecido que la muerte es un proceso bidireccional, es decir, que afecta tanto a la persona que muere como al círculo de agentes sociales que le rodea. Por eso insistimos en la necesidad que supone la educación para la muerte, antes o después, todos y cada uno de nosotros nos veremos afectados por ella. Al tratarse de un tema bidireccional, consi-

deramos que la línea de trabajo que debemos seguir para trabajar este tema ha de estructurarse en dos partes, que unas veces se han de presentar como bien diferenciadas y otras, en cambio, se podrán trabajar conjuntamente. También resultan necesarias una educación preventiva y una educación paliativa, entendiendo esta última como la que entraría a funcionar tras un suceso mortal que afecte a un individuo y a un grupo.

La muerte requiere de un aprendizaje que se debe desarrollar a lo largo de toda la vida, ya que ella no entiende de edades ni de discriminaciones, tampoco respeta etapa alguna del ciclo vital, aunque en la sociedad actual hemos interiorizado que solo es pertinente en la vejez. Pero, como profesionales de la educación, hemos de asumirla desde las edades más tempranas hasta la vejez más tardía, siendo conscientes en todo momento de las diferencias evolutivas en cada una de las etapas.

Como ya sabemos, el término educación es muy amplio y general, pero nosotros lo abordamos según el actual discurso de las competencias básicas. Hoy día, se entiende como competencia aquello que hace posible que una persona haga un adecuado uso de su poder de decisión y actuación, aquello que nos invita a poner en práctica los conocimientos aprendidos y dar una respuesta a lo que el día a día nos plantea. Teniendo presente que “enseñar a vivir” es una de las competencias más importantes, nosotros la entendemos como el eje vertebral de nuestra temática, pues, quien aprende a vivir tiene que saber morir y solo aprende a morir aquel que está vivo. Por tanto, este aprendizaje tiene múltiples

beneficios a nivel afectivo, emocional, cognitivo, psicológico y social.

Esto supone, además, el esfuerzo de concienciar a los agentes educativos de la importancia que tiene educar para la muerte. Para esto se debe tener claro que el sistema educativo actual requiere una renovación metodológica, a través de estrategias centradas en un aprendizaje activo, significativo, dialógico y cooperativo. La educación no es cosa del maestro ni asunto de los padres, la educación es responsabilidad de todos.

Mèlich (1989, p. 143) plantea: “Es preciso que nuestros educandos lleguen a ser maduros ante la muerte, y sean capaces de mirar cara a cara a la verdad, y descubrirse como *moriturus*”. El mismo Mèlich (2002) pone también el acento en el educador, como figura que debe situar en el aula las condiciones vulnerables y provisionales del ser humano para afrontar el totalitarismo y el poder.

Con esta responsabilidad y la necesidad de crear unos ciudadanos más críticos, responsables, maduros y comprensivos, apostamos por una educación para la muerte, dirigida tanto a niños como a adultos. Una formación que nos invite a prepararnos en este viaje de la vida y su final. Concluimos con una reflexión de Feijoo y Pardo (2003), que recoge de manera clara una idea fundamental de este trabajo: “Merece la pena que los educadores y educadoras sepamos cómo afrontar las reacciones de los alumnos cuando muere alguien cercano, les enseñemos a respetar y apoyar el duelo de los afectados, y les ayudemos a canalizar la ansiedad asociada a la muerte” (p. 42).

REFERENCIAS

- Arnáiz, V. (2003a). ¿Podemos hablar de muerte en la escuela y en el instituto? *Aula de Innovación Educativa*, 122, 36-37.
- Arnáiz, V. (2003b). Diez propuestas para una pedagogía de la muerte. *Aula de Innovación educativa*, 122, 59-61.
- Arranz, P., Barbero, J. J., Barreto, P. & Bayés, R. (2003). *Intervención emocional en cuidados paliativos. Modelos y protocolos*. Barcelona: Ariel.
- Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona: Paidós.
- Cruz, F. & García, M. P. (2007). *SOS... Dejádme morir. Ayudando a aceptar la muerte*. Madrid: Pirámide.
- Freud, S. (1993). *Nuestra actitud hacia la muerte*. Recuperado de <http://ruyenriquez.wordpress.com/2009/06/29/nuestra-actitud-ante-la-muerte-de-sigmund-freud-final/>
- Feijoo, P. & Pardo, A. B. (2003). La escuela: una amiga en el duelo. *Aula de Innovación Educativa*, 122, 41-45.
- García, A. & Aura, M. C. (2010). *La gran carencia. Muerte, eutanasia y educación*. Murcia: Diego Marín Librero Editor.

- González, I. & Herrán, A. (2010). Introducción metodológica a la muerte y los miedos en educación infantil. *Tendencias Pedagógicas*, 15, 124-149.
- Herrán, A., González, I., Navarro, M.J., Bravo, S. & Freire, M.V. (2001). La muerte: ¿tabú o imperativo educativo? *Aula de Innovación Educativa*, 106, 62-64.
- Herrán, A. & Cortina, M. (2006). *En la muerte y su didáctica. Manual para educación infantil, primaria y secundaria*. Madrid: Universitas.
- Herrán, A. & Cortina, M. (2008a). La educación para la muerte como ámbito formativo: más allá del duelo. *Revista Psicooncología*, 5(2-3), 409-424.
- Herrán, A. & Cortina, M. (2008b). *La muerte y su didáctica. Manual para educación infantil, primaria y secundaria*. Madrid: Universitas.
- Herrán, A. & Cortina, M. (2008c). La práctica del 'acompañamiento educativo' desde la tutoría en situaciones de duelo. *Tendencias Pedagógicas*, 13, 157-173.
- Herrán, A. & Cortina, M. (2009). La muerte y su enseñanza. *Diálogo filosófico*, (75), 499-516.
- Herrán, A. (2011). Fundamentos para una pedagogía de la muerte. En M. Cortina y A. Herrán. *Pedagogía de la muerte a través del cine* (pp. 25-126). Madrid: Universitas.
- Kübler-Ross, E. (2005). *Aprender a morir-Aprender a vivir. Preguntas y respuestas*. Madrid: Sirpus.
- Mèlich, J-C. (1989). *Situaciones-límite y educación. Estudio sobre el problema de las finalidades educativas*. Barcelona: PPU.
- Mèlich, J-C. (2002). *Filosofía de la finitud*. Barcelona: Herder.
- Morin, E. (1974). *El hombre y la muerte*. Barcelona: Kairós.
- Onira, M. (2003). Educar teniendo en cuenta la muerte. Reflexiones y propuestas metodológicas para la ESO. *Aula de Innovación Educativa*, 122, 52-58.
- Osho, O. (2004). *Madurez. La responsabilidad de ser uno mismo*. Barcelona: Gibralgo.
- Osho, O. (2010). *Cambio: Cómo convertir una crisis en una oportunidad* (Vol. 100125). Madrid: Random House Mondadori.
- Ramos, R., García, A. y Parada, E. (2006). *Psicología aplicada a crisis, desastres y catástrofes*. Melilla: Uned-Melilla.
- Rodríguez Herrero, P., Herrán, A. de la & Cortina, M. (2012). Antecedentes de pedagogía de la muerte en España. *Enseñanza & Teaching. Revista Interuniversitaria de Didáctica*, 30(2), 175-195.
- Rojas, L. & Lázaro, M. (2008). *Hiperactivos. Estrategias y técnicas para ayudarlos en casa y en la escuela*. Madrid: Lo que no existe.

- Santos, M. A. (2004). Arqueología de los sentimientos en la organización escolar. *Tendencias Pedagógicas*, 9, 45-69.
- Simón, P. & Barrio, I. (2006). *El País*, 28 de febrero. Recuperado de http://elpais.com/diario/2006/02/28/salud/1141081205_850215.html
- Verdú, V. (2002). La enseñanza del fin. *El País*, 5 de julio. Recuperado de http://elpais.com/diario/2002/07/05/sociedad/1025820004_850215.html
- Vilches, L. (2002). Concepciones, sentimientos y creencias acerca de la muerte en adultos mayores de nivel de educación superior. *Revista de Psicología*, 9, 1-14.
- Zambrano, M. (2007). *Filosofía y educación*. Málaga: Ágora.